

CAPÍTULO I

ESTRELLAS DEL UNIVERSO LITERARIO

Las estrellas, las galaxias y los cúmulos de galaxias –las formaciones más notables del cosmos– mantienen su estructura gracias a la gravedad. Probablemente esta fuerza también es la que nos retiene la mayor parte de las veces en los aburridos y teatrales actos literarios a los que asistimos. En muchas ocasiones, nuestro limitado intelecto y escaso sentido común nos aconsejan abandonar estos nocivos encuentros en los que los lectores o los periodistas (a menudo, términos incompatibles) se encuentran cara a cara con las estrellas o asteroides del mundo editorial. Pero, incomprensiblemente, una y otra vez, volvemos a caer en su pernicioso campo de atracción.

El gran reto que en la actualidad tienen que afrontar los científicos consiste en la unificación de cuatro fuerzas: las tres que gobiernan el mundo microscópico (el electromagnetismo, la fuerza nuclear y la fuerza débil) y la fuerza de la gravedad. Nada se sabe con precisión del origen de la quinta y más -importante fuerza, la de voluntad, excepto que si queremos resistir con éxito las perniciosas radiaciones de fondo que se desprenden de este tipo de actos culturales, debemos disponer de ella en cantidades ingentes.

Juan Bonilla, Edward Hopper,
Bin Laden y otros cuerpos celestes

Mientras meditaba sobre las profundas conexiones que existen entre las estrellas y los átomos, entre el cosmos y el mundo microscópico, el 20 de septiembre de 2001 encaminé mis pasos hacia la Casa de América, en Madrid, para asistir a la presentación de *La penumbra inconveniente*, un libro de relatos del mexicano Mauricio Montiel Figueiras, editado por Acanalado. Dejo atrás el efervescente ruido de los neumáticos sobre el reseco asfalto del Paseo de Recoletos, y me sumerjo en la apropiada penumbra de los pasillos del antiguo palacete encantado. En la sala «Jorge Luis Borges» esperan Jaume Vallcorba, el editor; Maisa Minguell, jefa de prensa de la editorial; el autor; cuatro periodistas y una señora bastante excéntrica. Una rueda de prensa muy concurrida. Jaume Vallcorba comienza explicando que estaba previsto que fuese Juan Bonilla el encargado de presentar a Mauricio Montiel, «pero no ha podido venir porque está en Nueva York escribiendo la crónica del Apocalipsis». El editor catalán, que confiesa ser un «fan absoluto» del relato y el cuento, comenta que el libro le llegó a través de Roberto Bolaño. «Es un libro de narraciones entrelazadas. Del lirismo poético pasa a un lenguaje mucho más reflexivo, pero Montiel no es un ensayista, es un narrador. Su literatura es densa y refulgente, mineral».

Vallcorba viste elegantemente. Traje y corbata, quizá de Armani. Sus zapatos, limpiísimos, desprenden un brillo mineral, como la prosa de Montiel. Van anudados con cinco vueltas de cordón. Tengo que fijarme más en ellos.

La cubierta de *La penumbra inconveniente* la ocupa un cuadro de Edward Hopper, *Approaching a City*, de 1946. Al parecer, esta pintura, que cuelga en la Phillips Collection de Washington, guarda relación con el contenido del libro. Es algo que me crea cierto recelo. Se ha abusado demasiado de la poética del pintor de Nyack, donde está enterrada Carson McCullers. Además, justo en ese momento recuerdo lo que decía Andrés Trapiello en unos versículos de *Salón de pasos perdidos*: «Un día descubrí a Hopper. Luego vi algunos cuadros al natural y me parecieron peores que los peores cartelones de cine de la Gran Vía, que es lo que son. Reconocí en ellos el tema, como se reconoce en Magritte el tema, el asunto, pero la pintura era, como en los Magritte, una castaña». (*El gato encerrado*, Editorial Pre-Textos, 1990. Pág. 131).

Mauricio Montiel, interrumpido en varias ocasiones por los inopinados comentarios, preguntas y dislates de la extraña mujer de acento hispanoamericano (una chiflada, vamos), explica con paciencia de monje tibetano que

empleó cinco años de su vida en escribir este libro de relatos. «Es la historia de una ciudad invisible, calviniana, con México como fondo. Sigue el proceso de la fundación de una ciudad hasta su destrucción. Hay una serie de vínculos sutiles que engarzan unos cuentos con otros, dando un atisbo de novela fragmentada. Hay tres hilos conductores: una mujer misteriosa –María– que muta de nombre y circunstancia; un portafolios, caja de Pandora de astillas narrativas, y un cuadro de Hopper, un pintor que para mi siempre ha sido un pintor narrativo».

Ya en el turno de preguntas, Montiel, después de quedarse pasmado con una pregunta de nuestra amiga chiflada – «¿No existe en México el fenómeno okupa?»– contesta algunas cuestiones un poco más sensatas de la nutrida parroquia de periodistas. «Siento afinidad por Roberto Bolaño. Me interesa mucho su manera de ir narrando el horror con cuentagotas. Me gusta Enrique Vila-Matas. Me fascinó *Bartleby y compañía*. Javier Marías es el escritor que me ayudó a soltarme en largos párrafos. El título de mi libro procede de un ensayo del crítico romano Mario Praz sobre la poética del retrato, en el que se refiere a la penumbra inconveniente. Al margen de los autores del «crack» ya lanzados en España como Ignacio Padilla o Jorge Volpi, las editoriales tendrían que poner atención en escritores -mexicanos como Adrián Curiel Rivera, que está en la sala [o sea, que ya no éramos cuatro periodistas, sino tres, descontando a la dama del cencerro], Héctor de Mauleón, Guillermo Fadanelli, Álvaro Enrigue o Pablo Soler Frost, editor de Libros del Umbral».

Cuando la demente trastornada pregunta cuál es la nacionalidad de Hopper, todos nos damos cuenta de que las cosas ya han llegado demasiado lejos. Así que nos levantamos y salimos al pasillo, donde unas esbeltas lonchas de jamón serrano y otras garbosas viandas exhiben sin recato su lujuriosa presencia. Ante la posibilidad de tener que intercambiar algunas palabras con la dama perturbada, decido que lo más sensato es salir corriendo. Tardo un minuto en hacerlo: empleo treinta segundos en saludar a Jaume Vallcorba, quince en despedirme y otros quince en comprobar que sus zapatos son nuevos. Lo sé porque crujían a cada paso que daba como si contuvieran pequeños ratoncitos en su interior.

Me fui de la Casa de América pensando en América. ¿Estaría de verdad Juan Bonilla en Nueva York? ¿Sería una excusa editorial? ¿Habría leído *La penumbra inconveniente*? ¿Le habría gustado? ¿Qué pensaría de Hopper? Lo mejor será salir de dudas. Gracias al espacio por el que se desplazan electrones, cuarks, gluones y otras fascinantes criaturas subnucleares (y también gracias a Martín López-Vega, que me actualiza la dirección del autor de *Nadie conoce a nadie*, establezco contacto con la órbita de Bonilla, que casualmente es la misma que la del satélite Skylab.

—¿Estabas en Nueva York el 20 de septiembre escribiendo para *El Mundo*?

—No, estaba en Washington. No estaba escribiendo para *El Mundo*: en realidad fui a los deprimidos U. S. A. para consolar a alguien y para desconsolarme yo. Otra cosa es que, efectivamente, haya aprovechado la excursión para escribir un delicioso reportaje por el que he cobrado la desorbitada suma de cuarenta mil pesetas.

—¿Has leído el libro de Mauricio Montiel

—Sí.

—¿Qué te parece? ¿Qué tiene de bueno y de malo?

—Me parece un libro excelente. De malo tiene quizá su rareza, no es un libro fácil, concede al lector la licencia de apearse de él si no quiere insistir. De bueno, un dominio casi milagroso del lenguaje, la oscuridad poética de todo el conjunto, el hecho primordial de que sea la ciudad, el fragor y los silencios de la ciudad, los que hablen continuamente. Es un libro extraño, difícil de comparar.

—¿Lo recomendarías de verdad?

—No suelo recomendar libros. Yo creo que los libros se las apañan solos para encontrar a los lectores que se merecen, y aunque a veces incurren en el atrevimiento de encontrar a lectores insalvables, siempre se las arreglan para llegar a quienes estaban destinados.

— ¿Qué te parece Edward Hopper?

—Me parece un excelente cartelista. Sus cuadros son bonitos solamente, o sea, de esos que quedan bien en las cubiertas de los libros y en los anuncios de las autovías. Creo que mejor que Hopper son algunos de sus imitadores.

—¿Puedo utilizar tus respuestas para un artículo?

—Por supuesto que tienes permiso para utilizar esta información. Aunque quizá estaría mejor que hablaras del libro de Mauricio Montiel.

Pocos días después, escribo a Martín López-Vega para decirle que ya he localizado a Juan Bonilla y que por fin he salido de dudas. Bueno, o al menos eso creía. Martín me contesta: «Por cierto, recuérdame que te cuente las aventuras de Bonilla, que no tienen miga ni nada... Vaya si tiene fantasía el hombre... Qué manera de inventarse su vida e inventar la de los demás... Otro abrazo apresurado».

Ariel Dorfman, inagotable fuente de energía

Para escapar de la gravedad de la Tierra necesitamos energía. Si naciósemos con un cohete injertado en nuestra columna vertebral, tendríamos que quemar combustible en cantidad suficiente como para que nuestro aparato propulsor alcanzase una velocidad de 11,2 kilómetros por segundo. Imaginemos por un instante que una de las fuentes unipersonales de energía fuese el mal estado de ánimo, la frustración y la sensación de pérdida de tiempo que nos produce la lectura de ciertos libros. Después de leer *Terapia*, la novela de Ariel Dorfman que en septiembre editó Seix Barral, acumulé combustible suficiente como para volar hasta Fobos y Deimos, las dos lunas en forma de patata de Marte. Para decirlo sin rodeos: el libro del escritor chileno afincado en Estados Unidos me pareció lo mismo que a Trapiello la pintura de Hopper y Magritte.

Ya en las primeras páginas de *Terapia* advertí que algo no iba bien.

«Miren el gesto despectivo con que echa del dormitorio a Héctor —es su valet, es el que le ordena la vida— Blake le está indicando que se vaya al carajo, y ahí lo tenemos a nuestro paciente, hundido en la cama...». (Página 14). «Una mujer genial, candidata al Premio Nobel. De Medicina, de Química, hasta capaz que le den el de la Paz». (Pág. 16). «Y para Jessica Owen. Es ella, después de todo, quien hizo, transformó Graham Blake». (Pág. 17). «... y las mercancías de Hollywood que se venden junto con los alimentos y los libros juveniles y los Parques de Entretenimientos». (Pág. 18). «No tengo para qué detenerme en demasía en el señor Granger». (Pág. 19).

Alto ahí. Cuidado. Veamos cuál es el título original de la novela: *Blake's Therapy*. ¿Y quién es el nota que ha hecho la traducción del libro? A ver: ¡Anda!, pero si es el propio Ariel Dorfman. ¡Qué gran traductor! Lo de «Parque de Entretenimientos», creo que sólo se me borrará de la cabeza «reseteando» el cerebro. Pero la cosa no terminaba ahí.

«La razón que llevó a Tolgate a elegir esta familia por sobre todas las otras familias que yo podría haber adoptado». (Pág. 37). «Puedo decirle sí que es un proceso sutil y nada de fácil escoger el núcleo familiar apropiado». (Pág. 46). «Van a haber represalias». (Pág. 75). «¿Por qué me iba a importar?». (Pág. 79).

Bueno, no quiero abrumarles más. Con decir que, al llegar al final, a la altura de la página 221, ya estaba que echaba humo (por el cohete), queda todo explicado. Pero lo peor no es el continente, sino el contenido. Comprobé que tras una presunta «inquietante intriga psicológica» (cito el texto de la contracubierta) y «un relato apasionante sobre el perverso fenómeno del espionaje televisivo» (cito el refulgente fajín de promoción), lo que realmente se escondía era una aburrida, exasperante, previsible y pretenciosa parábola sobre la manipulación que desde sus primeras páginas sonaba a *déjà vu* en *El show de Truman*, *EDtv* y, sobre todo, en *The Game*, de David Fincher, película en la que Sean Pean se dedicaba a crear una excitante y peligrosa realidad a su «refalfiado» (ahíto) hermano Michael Douglas. Resumiendo: que, si han visto alguna de estas películas, pueden ahorrarse el mal sabor de boca que a algunos nos ha dejado la pilonga de Dorfman.

Pero, claro, esto sólo es una humilde y, a buen seguro, equivocada opinión de un lector resentido por el mal humor y el exceso de energía antigravitatoria que le produjo la lectura de una novela que otros han encontrado magnífica y deliciosa. Por ejemplo, Joaquín Estefanía y José Saramago.

Es 27 de septiembre. En un café de la Gran Vía, charlo con Félix Romeo y, como siempre, me pregunta por mis lecturas recientes.

—Bastante basura, pero hay un libro que me ha fascinado. Se titula *Seis números nada más*, del astrofísico británico Sir Martin Rees. Es un apasionante tratado de cosmología y física sobre las fuerzas profundas que ordenan el Universo. Lo acaba de editar Debate. Se lo recomiendo a todo el mundo.

—Enrique, ¿te das cuenta de que cada vez estás peor?

—Ya, pero es porque he leído *Terapia*, de Ariel Dorfman, y no me ha funcionado. Por cierto, ¿sabes que Saramago y Joaquín Estefanía le presentan el libro esta tarde en la Fnac? ¿Te apetece ir?

—Vale. Allí nos veremos.

Llego con un poco de retraso y me asombro con la terrible cola que circunvala el edificio de la Fnac. A que no va a haber sitio... Pero Félix ha madrugado más y ocupa un buen lugar en la *pool position*. Qué suerte poder acoplarme y saltarme la cola cubana. Le comento que estoy pasmado con el poder de convocatoria que tiene Joaquín Estefanía. Menuda muchedumbre.

La sagrada mesa de los oradores la ocupan el director editorial de Seix Barral, Adolfo García Ortega; José Saramago; Joaquín Estefanía y Ariel Dorfman. Tras la presentación del editor, toma la palabra el director de opinión de *El País*, que comienza diciendo que será breve, cosa que siempre nos llena de gran temor porque la experiencia nos enseña que once de cada diez oradores que lanzan esta advertencia la incumplen en proporciones castristas. Estefanía, editor de los artículos que Dorfman publica en *El País*, dice que no se conocían personalmente, pero que habían mantenido larguísimas conversaciones telefónicas. El periodista rememora la importancia que tuvo en su vida la lectura de uno de los textos fundamentales del escritor chileno, *Para leer al Pato Donald* (1971), escrito en colaboración con Armand Mattelart. «Un esclarecedor ensayo sobre la manipulación de los medios de comunicación que marcó a nuestra generación». Estefanía pasa a comentar *Terapia* y dice algo que debe de tener mucha gracia porque un tiparraco del público lanza una risa estertórea que hace que todo el mundo, al unísono, se revuelva en sus asientos.

José Saramago comienza su intervención. «En primer lugar, un saludo de corazón para Ariel Dorfman». (Pero oiga, que lo tiene al lado. ¿Qué pasa, que no se han saludado antes o qué?). El Nobel continúa: «Si Kafka tuviera que escribir hoy *El Proceso*, escribiría algo muy similar a *Terapia*». (Pobre Kafka, ¿qué le habrá hecho?). Aunque plantea una pequeña objeción —«el título no me gusta, es una cosa muy argentina»—, Saramago enseguida saca el incensario. «Es una novela eficaz. El autor busca crear una atmósfera de tensión que va creciendo hasta el final. Mis últimas veinte páginas han sido tormentosas». (Anda, y las mías —pienso—, aunque el adjetivo lo hago extensivo a las doscientas precedentes). «La novela —prosigue Saramago—, termina con una ambigüedad terrible. Pero yo sí sé lo que ha pasado. La última frase es una frase anodina. No desvelo nada si la leo: 'Lo que hizo Graham Blake a partir de ese momento usted ya lo sabe'. Yo descubrí lo que le pasa a Blake en un sueño. Para él no hay salida. *Terapia* necesita una lectura atenta. Está llena de granitos de arena».

La gente se ríe mucho con Saramago. Empiezo a sospechar que el público no ha venido para escuchar a Estefanía o a Dorfman, sino al escritor portugués. Me parece que sería un «crack» formando un dúo cómico con Flipy en -Paramount Comedy.

Según Félix Romeo, Dorfman se parece mucho a Woody Allen. Le doy la razón: si esto sigue así, la presentación va a ser tan divertida como *La maldición del escorpión de jade*. Pero no. El autor de *La muerte y la doncella*, la obra de teatro que Roman Polanski trasladó al cine, comienza a hablar refiriéndose- a lo que su padre le dijo cuando tenía nueve años. «Era 1951. Él trabajaba en Naciones Unidas. Viajamos a España y en la frontera me dijo: aquí fue donde traicionaron a la República. No lo olvides nunca». A Dorfman se le escapan unas lágrimas. «Como ven, no me he olvidado de esas palabras. Como persona, soy muy sentimental», dice.

Al ver cómo su llanto contenido emociona al público, me arrepiento de haber sido tan despiadado con él mientras leía *Terapia*. Dorfman tiene toda la pinta de ser una persona extraordinaria, todo un caballero. Claro que nadie ha dicho que éstas sean condiciones suficientes y necesarias como para escribir una buena novela.

En su intervención comenta que el esbozo de *Terapia* lo había iniciado hacía veinte años. «Es un homenaje a Hitchcock, a *Vértigo* y *La ventana indiscreta*. El voyeurismo siempre me ha interesado». Nos cuenta que su padre aún vive (con 94 años), que tiene un hijo musulmán, que su nuera es muy católica y que «vivimos en un mundo de simulación». Tras animarnos a «hacer una globalización alternativa», el autor de *Rumbo al Sur, deseando el Norte*, libro de memorias editado por Planeta en 1998, pasa a analizar algunas de las interpretaciones del futuro que se abre ante Blake, el protagonista de *Terapia*.

Se levanta la sesión. Félix se queda para saludar a Dorfman. Veo de lejos a Nahir Gutiérrez, la jefa de prensa de Seix Barral, que tiene una casa preciosa en Nueva de Llanes. Me gustaría saludarla, pero un enjambre de gente zumba a su alrededor. Salgo a la calle pensando en las lágrimas de Ariel Dorfman y en los dilemas de Graham Blake. Me fijo en uno de los escaparates de la Fnac. Lo ocupa una gran fotografía de un teléfono móvil «tumbado» en un diván de psiquiatra. (Para ser exactos, la silla es la célebre chaise longue diseñada por Le Corbusier en 1928, y el móvil un Accompli 008 de Motorola). Un texto informa: «Doble personalidad». Eso es. Ahí está la respuesta a lo que le pasa a Blake. Es lo que nos pasa a todos. Estamos atrapados entre la vida que llevamos y la que nos gustaría vivir. De momento, los límites físicos nos impiden experimentar dos existencias al mismo tiempo. Pero soy optimista y mantengo una fe ciega en los postulados de la mecánica cuántica, teoría que describe el comportamiento de las partículas elementales. De momento, los científicos ya han conseguido teletransportar un fotón, una partícula de luz, refrendando así las teorías de la mecánica cuántica: una partícula microscópica puede estar simultáneamente en dos lugares, y dos partículas muy alejadas, comunicarse instantáneamente. Hay esperanza.

En el agujero negro del Café Gijón

La enésima noche que entré en el Café Gijón puede que fuese una noche de sábado. No, espera. Creo que era viernes. A ver... Sí, 21 de septiembre de 2001. Viernes. Seguro. Había humo, tertulias, un nudo de gente en pie, al lado de la barra, alrededor de las mesas. No había forma de moverse en ninguna dirección. Se fallaba el premio de Novela «Café Gijón» y se presentaba el libro que Carlos González Espina ha escrito sobre el legendario galardón creado por Fernando Fernán-Gómez en 1947.

La sesión de *Terapia* tuvo lugar el 27 de septiembre. La visita al Gijón, el día 21. Algún lector ya se estará preguntando que por qué no he respetado la secuencia cronológica. Einstein nos enseñó que el espacio y el tiempo están relacionados, y que la velocidad del tiempo es elástica, dependiendo del movimiento del que lo mide y de si está situado cerca o lejos de una masa de grandes dimensiones. La flecha del tiempo señala insistentemente desde el pasado hacia el futuro. Excepto en el Café Gijón, donde el tiempo no sólo se ha detenido, sino que se ha invertido: su flecha apunta hacia el pasado. Pruebas científicas: a la presentación del libro de Carlos G. Espina asistieron Santiago Carrillo y Eduardo Haro Tecglen.

Llego tarde y el premio ya se ha fallado. Martín López-Vega me pone al tanto. Al parecer la ganadora es la señorita Yolanda González, que vive en Hendaya. En comitiva, bajamos al sótano del Café, comedor privado donde el tiempo no es que se haya detenido: simplemente se ha colapsado. Entrar allí es como atravesar la frontera del horizonte de sucesos de un agujero negro. Hay gente que no ha vuelto a salir. De hecho, es probable que Haro Tecglen todavía siga allí, hablando sin parar. (También dijo que sería breve). Él fue el encargado de presentar el libro de Carlos Espina (sí, ya me he dado cuenta de que antes era González, luego G. y ahora nada, pero eso es lo normal cuando estás dentro de un agujero negro, dentro de uno de esos monstruos cósmicos que devoran toda la materia que se les pone a tiro). El reportaje documental y gráfico sobre el Premio de Novela del centenario café madrileño, editado por Llibros del Pexe, es una apasionada evocación de una parte importante de la literatura española. Carlos habla del Madrid bohemio, de las tertulias literarias (él es uno de los fundadores de la tertulia Oliver de Oviedo), hace recuento de los avatares del premio, se detiene en cada uno de sus ganadores.

A lo largo de su siglo de existencia, por el Gijón pasaron, entre otros, Benito Pérez Galdós, los hermanos Machado, Gerardo Diego, César González-Ruano, Ignacio Aldecoa, José García Nieto, Buero Vallejo, Manuel Pílares, Dolores Medio, Jesús Pardo, Camilo José Cela, Carlos Bousoño, Francisco Umbral. Todos están muertos. Bueno... algunos creen que están vivos, pero es que todavía no han visto *Los Otros*, de Amenábar.

Haro Tecglen se dispone a presentar el libro de C. Entre el público hay políticos, escritores, futuros ganadores del Planeta (que ya son pasados, porque el tiempo en el Café Gijón, como hemos dicho, va un poco a su bola), aristócratas, concejales y periodistas. No descartamos la presencia de -militares, aunque no hay una constatación

científica del fenómeno. Así que allí tenemos a Sabino Fernández-Campo, Conde de Latores; María Teresa Álvarez, escritora; Rafael Lobeto Lobo, ex director de la Marina Mercante; Paz Fernández Felgueroso, «ex carcelera» y alcaldesa de Gijón; Rosa Regás, soñando con que pronto tendrá la misma cifra que el Gijón, aunque no en años; Santiago Carrillo, José María Guelbenzu, José Carlos Somoza, Marcos Giralt Torrente, Julián Rodríguez Marcos, Martín López-Vega y Manuel Fernández, asturiano al que unos pocos recordarán por su nombre artístico como cantante en una época anterior a la última glaciación: «Manolín el Nieto de Celoxuan».

Son las ocho de la tarde. Habla Tecglen. Momentos escogidos. «Buenos días, buenas tardes o lo que sea». «Al ver a Santiago Carrillo, ahí sentado, me da un poco de soponcio». «Antes a los cafés se iba a conspirar. Ahora ya no se conspira ni nada. Se perdió todo». «Antes llegabas al café y pedías recado de escribir: pluma tintero, papel, secante. El ordenador ha acabado con todo». «El premio del Café Gijón lo creo Fernando Fernán-Gómez, que era un actor que hacía unas películas muy malas». «Fernando era muy feo. Desde que envejeció está mejor».

Mis notas se interrumpen aquí. El agujero negro absorbió toda la tinta del bolígrafo, y me dio un poco de reparo molestar al camarero para pedirle recado de escribir, aunque por su extraordinario parecido con el jardinero de *Los Otros*, estoy seguro de que habría encontrado mi petición de lo más natural.

Salgo del Café Gijón con el convencimiento de que, si algún día Eduardo Haro Tecglen decide incorporarse al plantel de cómicos de Paramount Comedy, estaré en primera fila aplaudiéndole con sincero entusiasmo. Fuera, en el Paseo de Recoletos, y bajo la luz de las estrellas que brillan desde hace diez mil millones de años, Javier Rodríguez Marcos, su hermano Julián, Martín López-Vega, Marina Lobo y yo comprobamos que el tiempo ha recobrado su sentido y nosotros nuestra materia. También Carlos González Espina, que ahí llega corriendo para incorporarse a nuestro grupo.